**Domingo 11º del TO Ciclo B (17.06.2018): Marcos 4,26-34.**

***“El reino de Dios es una persona”.* Te lo digo y lo escribo CONTIGO.**

El pasado domingo día diez, la programación litúrgica de la lectura del relato evangélico me propuso leer el texto de Marcos 3,20-35. Y acabas de ver, buen leyente, en la primera línea de este comentario, que el siguiente texto propuesto por los entendidos de la liturgia vaticana será Marcos 4,26-34. ¿Por qué no debemos leer el texto de Marcos 4,1-25? Si no se hace caer en la cuenta de esto a las gentes de la asamblea, ¿alguien caerá en la cuenta de tal silencio? Y…, ¿sabe alguien que el siguiente texto de Marcos que se lea en domingo en la misa será Marcos 5,21-43? A esta didáctica eclesiástica la llamaré, con suavidad, ‘leer a salto de mata’.

Está clarito, una vez más, que si se desea conocer al Jesús de Nazaret del que nos habla este llamado Evangelio de Marcos no es oportuno ir a misa domingo tras domingo, sino leer en la Biblia este librito -‘librito’, por la extensión- desde su comienzo y hasta su final. Una vez por semana, por ejemplo. O una vez al mes. Y si pudiera hacerse esta lectura de dos en dos, mejor.

Imagino que leer de esta otra manera es aprender a tomarse en serio la tarea evangelizadora de la persona que escribió y que -lo seguiré sosteniendo- no fue otra que María Magdalena. Por esto, me atrevo a decir otra vez que ‘evangelizar’ es aprender a leer y aprender a enseñar el Evangelio que fue, es y lo será siempre Jesús de Nazaret.

Esta práctica del aprendizaje-enseñanza, o de la enseñanza-aprendizaje, es como haber encontrado en los mercados de la palabra una semilla muy peculiar: Esta *“semilla brota y crece sin que nadie sepa cómo… Primero es hierba, luego espiga y después fruto abundante”* (4,26-29). Las biblias suelen titular esto con la expresión: ‘Parábola de la semilla que crece sola’. Así sucede con las semillas normales, no con las manipuladas.

El texto que se nos lee este domingo (Marcos 4,26-34) está dentro de todo el capítulo cuarto de este Evangelio (4,1-41). La autora de este relato puso en labios de su Jesús cinco parábolas. Un género literario muy poético para unos y tan sorprendentemente revolucionario para casi todos. Me gusta recordar que un modelo de parábola, contada y explicada, está en el segundo libro de Samuel, capítulo duodécimo y versículos del primero al decimoquinto. Habla de David.

Para nuestro domingo del día 17 de junio tenemos entre manos dos parábolas. La ya citada de la semilla que crece y da fruto por la fuerza de sus adentros y la segunda (4,30-32) que se la suele llamar parábola de ‘el grano de mostaza’. Esta segunda la debió de contar Jesús de Nazaret en varias ocasiones, porque no siempre los Evangelistas la cuentan igual.

Ambas parábolas hablan de ‘semillas’, pequeñas y peculiares. Pero lo que parece que en realidad importa no es una cuestión agrícola, sino de fe, de Dios. Lo digo como en el texto: *“El reino o reinado de Dios es una semilla que crece sola… O la más pequeña de las semillas”.* Esto es lo que cuenta o anuncia o grita o comparte el laico y judío Jesús a otros creyentes judíos. ¿Por qué no dijo este judío que ‘el reino-reinado de Dios’ era un templo como el de Jerusalén? ¿O un palacio como los del judío Herodes o el del romano Pilato en su Torre Antonia? Parece ser que el Dios en quien creía aquel Jesús es una semilla viva, como lo es toda persona. Tú y yo.

**Domingo 29º de Lucas (17.06.2018): Lucas 9,37-50.**

***“El reinado de Dios está dentro… de ti y de mí” (Lucas 17,21)***

El Evangelista llamado Lucas está contando los sucesos últimos de la Evangelización de Jesús de Nazaret y de sus seguidores en las tierras del norte de Israel que configuran ‘la Región de Galilea’. Esta tarea evangelizadora en Galilea acaba como había empezado: **en conflicto… ¡de competencias!** Basta leerse de nuevo Lucas 4,14-30: *“Llevaron a Jesús a una altura escarpada del monte de la ciudad para despeñarle”* (4,29).

Y ahora nos leeremos Lucas 9,37-50, el tercer ‘sucedió’ que nos cuenta este narrador en el capítulo noveno de su Evangelio: *“Se suscitó una discusión entre ellos sobre quién de ellos sería el mayor”* (9, 46). El siguiente ‘sucedió’ de este capítulo lucano nos sitúa ya en ‘el camino’ que lleva a Jerusalén y, tal vez, algo más allá: *“Sucedió que como se iban cumpliendo los días de su asunción, Jesús se afirmó en su voluntad de ir a Jerusalén y envió mensaje delante de él…”* (9,51). Pero de esto que comienza aquí tendremos que leer y escribir el próximo comentario.

Retomo la etapa última de la evangelización en Galilea (Lucas 9,37-50). Todo parece acontecer en un llano, al bajar de un monte. Junto a Jesús están Pedro, el ‘piedra cabeza dura’, y los dos Zebedeos ‘los atronadores’. Estos tres bajan como apesadumbrados por ser conscientes de no poder contar nada de cuanto han visto y no visto. De lo pasado en el monte, silencio, porque un inmenso gentío espera a Jesús de Nazaret, el maestro que entiende de asuntos de salud humana y, sobre todo, de espíritus deshumanizadores.

Seguiré pensando que estos ‘espíritus deshumanizadores’ tienen relación directa e identidad compartida con los poderes que pretenden ser los primeros y los más importantes. Este asunto lo leo en este Evangelio de manera reiterada, como aquí: ¿quién es el mayor? (9,46), ¿quién posee la verdad y la capacidad para decidir qué está bien y qué no? (9,49).

Esta deshumanización de la persona queda identificada desde el mismo momento de las tentaciones que nos contó este Lucas en 4,1-13. El poder deshumanizador, diabólico y demoníaco, no existe fuera o lejos de esta historia de los humanos en esta tierra. Este poder habita en cada uno y, según la confesión de este Evangelista, el poder deshumanizador habita en todo su esplendor en cada uno de sus seguidores.

 Seguidoras y seguidores no entendieron a su Jesús de Nazaret. Por segunda vez y bien explícitamente lo anuncia el propio Jesús (9,43-45). Por tercera vez se lo volverá a recordar en 18,31-34. ¡La fuerza de este poder es persistir, permanecer, creerse el poder de todo poder!

Hiere muy profundamente leer la intolerancia arraigada en uno de los seguidores de este Jesús llamado Juan. Hiere que sea esta actitud la que cierre la tarea evangelizadora de Jesús en Galilea. Hiere constatar que esta intolerancia tenga raíces religiosas tan ‘arraigadas’. Hiere constatar que esta intolerancia llegue a creerse la poseedora de la verdad. Frente a Jesús que afirma que el más pequeño es el primero, aquel Juan de la transfiguración afirmará sin temblarle la voz: *“Maestro, hemos visto a uno que expulsa demonios... Hemos tratado de impedírselo, porque no viene con nosotros”* (9,48-49). ¡Juan sigue encantando más que Jesús!